

JOSUÉ

Lección 20 - Capítulos 17 y 18

La semana pasada nos adentramos un poco en el capítulo 17 de Josué y esta semana empezaremos cerca del principio. Pero primero quiero dar un paso atrás y mirar las cosas desde un punto de vista más amplio.

La semana pasada estudiamos en los capítulos 15, 16 y un poco del 17 la importantísima distribución de la Tierra Prometida por Josué a las tribus de Israel. Es difícil exagerar la importancia teológica y profética de este acontecimiento. Es como mínimo comparable al regreso de Israel como nación de hebreos a su patria original en 1948; una profecía que llevaba tanto tiempo en ciernes que la mayoría de los cristianos y judíos habían perdido hacía tiempo la esperanza de que llegara a producirse. En lugar de creer en las Escrituras y esperar a que el Señor se moviera para traer a Israel a casa, los cristianos idearon lo que se llama Teología del Reemplazo, por la cual cada referencia bíblica a la tierra y al pueblo de Israel fue alegorizada en la Iglesia (esencialmente transfiriendo las bendiciones del pacto a los cristianos pero dejando todas las maldiciones del pacto a los judíos), y los judíos decidieron que Dios los había exiliado permanentemente de la Tierra Prometida sin esperanza de retorno.

Teológicamente, esta distribución de tierras de Josué tenía que ver con el establecimiento por parte de Dios de su pueblo apartado en un lugar apartado designado. Se trataba de que el líder apartado de Dios (Josué) se comportaba como debería hacerlo un líder piadoso; obedecía la Torá, exigía que Israel también fuera obediente a la Ley, y dirigía al pueblo desinteresadamente como un siervo y no como un tirano o una prima Dona. Esto también reflejaba el carácter de Dios y su capacidad para hacer todo lo que promete, aunque parezca humana y racionalmente imposible.

La semana pasada les dije que hay un elemento de esta distribución de la tierra que rara vez, o nunca, se enseña y se discute; es el elemento de la responsabilidad y la obligación de los herederos hacia el dador divino. Cuando Israel esperaba el momento en que finalmente entrarían en Canaán y cada tribu, clan y familia recibiría un pedazo de tierra para sí, estaban ansiosos de que todo sucediera como un niño espera su próxima fiesta de cumpleaños. Lo que no sabían era que la herencia de la tierra iba unida a la obligación de terminar de conquistarla.

Hasta ahora las 12 tribus habían trabajado juntas como un ejército grande y formidable para luchar contra los cananeos y arrebatarles su tierra. La Guerra Santa contra Canaán había tenido un gran éxito; pero aún quedaba mucho por hacer. No se conquistó todo el territorio; fue irregular. Pensemos en el Irak actual, en el que no hay duda de que, en general, Estados Unidos lo ha conquistado, pero ¿tenemos el control total de la nación? no! Una ciudad puede ser completamente pacífica y a pocos kilómetros otra puede estar sumida en la más absoluta confusión. Una ciudad puede ser leal al nuevo gobierno de coalición iraquí/estadounidense y otra, no muy lejos, estar bajo el control de un señor de la guerra que se opone al gobierno.

Así era Canaán en Josué 17.

En la época de Josué 17, el ejército de Israel se había disuelto más o menos y cada tribu tenía su propia milicia. Cada tribu se preocupaba principalmente de sí misma. Como veremos en este capítulo y en el siguiente de Josué, 7 tribus aún no habían recibido su herencia de tierras. Pero no fue porque no se les ofreciera, sino porque la rechazaron. ¿Por qué harían algo así? Porque la aceptación de su herencia de tierras significaba que cada tribu asumía ahora la plena responsabilidad de terminar de conquistar y gobernar su territorio asignado. La herencia no significaba paz ni estabilidad para Israel; no era más que un paso en el camino de un proceso muy largo que de repente añadía una obligación nueva y muy desafiante. Esta era la realidad histórica; pero también era (y es) su realidad teológica.

Llevo mucho tiempo predicando contra la iglesia moderna complaciente que (en el fondo) cree que una vez que una persona camina por el pasillo y acepta su redención del Mesías Jesús, nuestro trabajo está hecho; podemos sentarnos en un banco y limitarnos a ser observadores interesados. Que al heredar la salvación ahora nos sentamos y disfrutamos de los frutos, esperando sólo el día en que llegemos al cielo. Oramos y nos vamos. Nada podría ser menos bíblico que esa proposición.

En cambio, debemos equiparar nuestra redención y herencia a la de Israel sobre Canaán; ésta es una de las razones por las que el Señor decidió preservar este episodio para nosotros. Nuestra salvación y herencia van acompañadas de deberes y responsabilidades. En efecto, hemos llegado a una especie de descanso espiritual debido a nuestra confianza en el Hijo de Dios, pero físicamente seguimos viviendo en un lugar hostil y sin conquistar. Dios declaró una y otra vez a Josué que Él ya había logrado la victoria sobre los enemigos cananeos de Israel antes de que el ejército fuera a la batalla; sin embargo, eso no absolvió a Israel de participar en la batalla. Dios no iba a hacer una destrucción 100% sobrenatural tipo Sodoma y Gomorra sobre los enemigos de Israel; Israel tendría que luchar por mucho tiempo para lograr la victoria y luego aferrarse a sus ganancias. El camino sería muy accidentado y peligroso. Es exactamente lo mismo para los creyentes de esta o cualquier época.

Te he dicho recientemente que Armagedón no es en realidad sino la batalla final por Canaán que comenzó con Josué. No lo digo como ilustración o alegoría, sino como simple hecho bíblico. Apropiadamente el nombre del líder de la Batalla de Armagedón, Y'hoshua (abreviado a Yeshua) es el mismo que el líder de la batalla por Canaán, Y'hoshua (nosotros decimos Joshua). La batalla, por supuesto, tiene lugar en el corazón de Canaán con Armagedón, al igual que con Josué. Aunque no entraré en todos los detalles ahora, incluso la observancia de las importantísimas leyes del herem (las leyes divinas de la Guerra Santa) que Dios ordenó a Josué y a Israel se observan escrupulosamente en Armagedón ya que todos los combatientes enemigos DEBEN ser muertos sin excepción porque están consagrados a Dios como, esencialmente, botín de guerra.

Pero consideremos también la cuestión del enemigo. En los días de Josué, el enemigo eran los cananeos, a quienes se ordenaba exterminar porque Dios los juzgaba irreconciliablemente malvados a Sus ojos. Sin embargo, ¿quién, espiritualmente, era el príncipe sobre los malvados cananeos? Satanás.

Por lo tanto, en el Armagedón, aunque físicamente Y'hoshua (Jesús) estará dirigiendo la Guerra Santa contra los malvados del mundo de todas sus naciones, espiritualmente Él está en realidad luchando contra el Maligno: Satanás. Verá, así como Satanás era el príncipe espiritual de Canaán, ahora (como entonces, realmente) él es también el príncipe espiritual

del mundo entero. Escúchame por favor porque lo que estoy a punto de decir en muchos sentidos incluso se refiere a los argumentos políticos de hoy en día en relación con Israel y el Medio Oriente. Satanás, hoy, tiene un DERECHO LEGAL a esta tierra. Dios la ha entregado LEGALMENTE a Satanás por un tiempo. Dios tiene el derecho de hacer esto porque Él es dueño de todas las cosas. El Señor, por sus propias buenas razones, ha entregado el mundo a Satanás y lo ha declarado príncipe del mundo. Satanás no es un ocupante ilegal. Pero él está a cargo sólo por un tiempo, tiene un poder limitado, un alcance limitado, y sus malas intenciones están siendo utilizadas para lograr la voluntad de Dios. Sin embargo, en medio de todo esto, el Señor ha hecho un camino de escape para aquellos que lo desean: ese camino se llama Salvación. Reconoce, sin embargo, que es un camino espiritual, no físico, con repercusiones espirituales, no físicas, en este momento de la historia.

Israel fue redimido, pero aún tenía que enfrentarse a Satanás.

De acuerdo con esto, nunca debemos pensar en las diferentes tribus y pueblos cananeos que vivían en Canaán en los días de Josué como ocupantes ilegales que merecían que se les quitaran sus campos, casas y ciudades. Tenían todo el derecho legal a ese lugar...HASTA... que Dios decidió que era hora de que fueran destruidos y entonces los herederos de esa tierra (Israel) asumieran su legítima posición.

Dios tenía todo el derecho de destruir a los cananeos porque eran malvados a Su vista y por eso los juzgó a la destrucción por su pecado. Dios tiene todo el derecho de destruir a Satanás porque Él es malvado y por eso el Señor eventualmente causará su destrucción por su pecado.

Canaán era un tipo y sombra de Satanás, y la Batalla por Canaán es un tipo y sombra de la Batalla de Armagedón. En el libro de Josué somos testigos de un tipo de Batalla de Armagedón que no fue completamente exitosa porque el pueblo de Dios fue desobediente y su líder fue imperfecto.

Esto es lo que debemos sacar de todo esto:

1. Satanás es actualmente el príncipe legal del mundo, y está gobernando a la voluntad de Dios
2. Ya ha sido señalado el día en que el Señor revocará la posición de Satanás como príncipe y lo reemplazará con Yeshua.
3. Dios ha determinado que mientras los no-hebreos en un tiempo tenían todo el derecho legal de estar en la tierra de Canaán, ahora llamada Israel, ya no tienen ese derecho ya que Él ha entregado la tierra a Su pueblo apartado.
4. Como herederos del Reino de Dios, ciertamente tenemos descanso celestial, pero NO tenemos aún descanso físico, carnal.
5. Como herederos del Reino de Dios tenemos responsabilidades y deberes terrenales que cumplir. Nuestras vidas estarán llenas de conflictos contra el mal. Debemos oponernos a él, actuar contra él y estar dispuestos a sufrir daños en el proceso.
6. El compromiso no es una opción. Josué y los israelitas que vinieron después hicieron las paces con el enemigo. Permitieron que el enemigo sobreviviera y prosperara y continuara

con sus costumbres paganas siempre y cuando no molestaran demasiado a Israel. Pero eso NO era lo que el Señor había ordenado hacer a Josué y a Israel. Durante algún tiempo, el cristianismo ha tratado de transigir y hacer las paces con el mundo; ese enfoque debilitó a Israel y arruinó su armonía con Yehoveh, y ha hecho exactamente lo mismo con la Iglesia.

Volvamos a leer el capítulo 17 de Josué.

VOLVER A LEER JOSUÉ CAPÍTULO 17

El versículo uno (como ya comentamos ampliamente la semana pasada) recuerda que Manasés y NO Efraín era el hijo primogénito de José. Lo que espera que sepamos es que el padre de José, Jacob, pronunció una bendición profética divina sobre los dos hijos de José nacidos en Egipto que efectivamente le quitó a Manasés su condición de primogénito y se la cedió a su hermano menor, Efraín; y simultáneamente Jacob adoptó a sus dos nietos y los hizo hijos.

Aquí es necesario conocer bien la estructura tribal; y lo primero y más importante es que una tribu se compone de varios clanes, cada uno de los cuales son esencialmente grandes familias extensas. Maquir era el hijo primogénito de Manasés y, por tanto, representa a la familia más prominente. Hay que entender que NO estamos hablando de la persona real de Maquir en estos pasajes porque hace mucho tiempo que murió y desapareció. Más bien Maquir es el nombre del CLAN que él engendró; y por supuesto ya que el hijo primogénito del fundador de la tribu engendró el clan este clan es el más poderoso de los clanes que forman la tribu de Manasés. Y aquí se nos recuerda que el clan de Maquir, que en ese momento estaba bajo el liderazgo de Gil'ad, había heredado territorio en el lado ESTE del Jordán (la tierra de Basán y una tierra que llevaría el nombre de Gil'ad, que en español llamamos Galaad).

Por lo tanto, se nos presentan otros 5 clanes de Manasés que iban a recibir tierra, pero su tierra estaría en el lado OESTE del Jordán en la Tierra Prometida. Estos 5 son Avi'ezer, Helek, Asri'el, Sh'khem, y Sh'mida.

Hay un sexto nombre mencionado, Hefer, y viene con una explicación. Hefer era, en efecto, un clan de Manasés. De hecho, era un clan que había sido engendrado por otro clan, Maquir. En otras palabras, de los hijos y familias que Maquir había creado, Hefer era una de las líneas de descendencia que se había hecho lo suficientemente grande y poderosa como para ser considerada ahora un clan independiente por derecho propio. Esto no es inusual; así es como el número de clanes tiende a crecer dentro de una tribu.

El líder masculino más actual del clan Hefer era Tz'lof'chad (hijo de Hefer). Pero había un problema: Tz'lof'chad no tenía hijos, sólo hijas. Por lo tanto, no tenía ningún hijo que continuara con la autoridad del clan cuando Tz'lof'chad muriera. Además, como al parecer era bastante raro que un hombre no tuviera un hijo que le sucediera (uno de los propósitos de que un hombre tuviera concubinas era asegurarse de que tendría un hijo varón), no era un proceso sencillo dejar sus riquezas y posesiones a sus hijas mujeres.

Por lo tanto, se nos recuerda aquí que las hijas de Tz'lof'chad pidieron a Moisés, cuando todavía estaban en el desierto, que declarara que ellas (como mujeres) recibirían una herencia de tierra dentro de la Tierra Prometida (de lo contrario, teóricamente, la herencia de tierra a la que su padre Tz'lof'chad habría tenido derecho se habría perdido).

Ahora, contrariamente a algunas creencias, hay una disposición en la ley para las mujeres a heredar, así que cuando Moisés accedió a permitirlo, no fue una excepción a la regla.

Vuelvan a sus Biblias a Números 27:1.

LEA NÚMEROS 27:1-8

Así que aquí vemos que la historia de las hijas de Tz'lof'chad se desarrolló algunos años antes, y vemos que el Señor realmente ordenó una ley por la cual si un hombre no tiene hijo está obligado a dar su herencia a sus hijas. Esencialmente encontramos que fue este incidente en particular el que impulsó la creación de la ley de la herencia femenina como norma para la sociedad hebrea.

Puesto que había cinco hijas que CADA UNA iba a recibir tierra, y había 5 tíos (nombrados en los versículos anteriores) que también heredarían, por lo tanto, la asignación de la tribu de Manasés estaba DIVIDIDA en 10 porciones (como dice al comenzar el versículo 5), una para cada una de las 5 mujeres y una para cada uno de los 5 varones. Y de nuevo se nos dice que esto era además de la tierra concedida a otro clan que estaba situado al ESTE del Jordán.

A partir del versículo 7 obtenemos los límites y fronteras de la tribu de Manasés. Era un territorio bastante grande, y era contiguo al territorio de Efraín porque en capítulos anteriores encontramos que el procedimiento era que cuando Josué echaba suertes para emparejar una región con una tribu (y esto de acuerdo con la población de una tribu), que sólo UNA suerte era echada para el grupo combinado de Efraín y Manasés, y esto era porque juntos eran considerados la tribu de José. Veremos en breve que por muy confuso que esto pueda ser para nosotros, era igualmente frustrante tanto para Efraín como para Manasés, que (siendo cada una de ellas tribus grandes y poderosas por derecho propio) no tenían ningún interés en ser agrupadas como una sola con el nombre común de "José".

El versículo 11 nos da una información controversial porque en cierto modo parece un error de los escribas o un doble lenguaje. Dice que a Manasés se le dieron ciudades dentro de los territorios tribales de Aser e Isacar. Bien, a primera vista eso es un problema. ¿Cómo podría una tribu tener ciudades en el territorio de otra tribu? Es como decir que Florida tiene una ciudad en Georgia, y otra en Carolina del Sur. Obviamente hay un significado a esto que no es obvio, y hay dos trenes primarios de pensamiento en esto.

La primera es que Aser e Isacar eran en realidad los nombres de pequeñas regiones y que no se refería a los territorios tribales heredados por Aser e Isacar. Eso, creo, es una exageración bastante severa. No hay pruebas de que existieran dos regiones tan pequeñas; se trata estrictamente de una especulación tratando de encontrar una solución al problema.

Mucho más probable es que signifique justo lo que dice; que, dentro de los territorios originales de Aser e Isacar, Manasés poseía algunas ciudades.

Tenemos que entender algo en este punto: el reparto del territorio a los israelitas fue cualquier cosa menos limpio y ordenado; además, fue un proceso largo y prolongado. Dado que la Biblia avanza a un ritmo muy rápido, donde la lectura de un párrafo a otro puede durar una década o más, y pasar una página o ir al capítulo siguiente puede llevar decenas de años, a menudo sólo se dan los hechos más escuetos o los resultados finales se registran de la forma más breve.

La realidad es que las fronteras tribales se disputaban constantemente, y a algunas tribus no les gustaban las tierras que recibían, por lo que renunciaban fácilmente a parte de ellas e intentaban adquirir otras. Algunas tribus se levantaron y se trasladaron por completo, y en otros casos las fronteras se ampliaron o redujeron por diversas razones. Esto duró cientos de años y los detalles no están registrados.

De nuevo, pensemos en Irak. Podemos mirar un mapa, ver un simple esquema del país y decir, desde una perspectiva más amplia, que lo hemos conquistado. Sin embargo, desde la perspectiva del campo de batalla, dentro de ese simple contorno del mapa de la nación de Irak, hay ciudades y áreas que los Estados Unidos/gobierno central iraquí controla y ciudades y áreas donde simplemente no lo hacen. Así que, desde una perspectiva general, a una tribu israelita se le dio un territorio con límites aproximados que esencialmente "delineaban" ese territorio de manera general. Pero dentro de ese contorno había ciudades que controlaban, pero no ocupaban, ciudades en las que vivían y ciudades sobre las que el enemigo mantenía un firme control y no estaba dispuesto a ceder fácilmente. Por alguna razón, Manasés había tomado el control de algunas ciudades que estaban ubicadas en un área que eventualmente sería asignada a Aser e Isacar (nótese que pasó algún tiempo después de que Manasés tomara su herencia antes de que Aser e Isacar tomaran la suya). Así que, aunque con el tiempo Aser e Isacar habrían definido territorios para ellos, habría ciudades dentro de sus territorios que Manasés había conquistado años antes y no tenían interés en entregar a las otras tribus (aunque técnicamente estas ciudades estaban dentro del territorio de otra tribu) y así Manasés continuó controlando ciudades dentro de los límites de un territorio que no les había sido asignado.

A partir del versículo 14 tenemos una pequeña muestra de los innumerables e interminables tipos de disputas que surgieron entre las tribus de Israel sobre la asignación de tierras. Lo esencial es lo siguiente: Efraín y Manasés estaban descontentos con la cantidad de tierra que habían recibido y querían más. Obsérvese de nuevo la referencia a "los descendientes de Yosef (José) que se quejaban" (se refiere, por supuesto, a las dos tribus de José, Efraín y Manasés). Ahora bien, aunque la mayoría de las Biblias muestran la última mitad del versículo 15 entre comillas, lo que en gramática inglesa significa que supuestamente estamos leyendo las palabras exactas de algún individuo, en realidad se trata simplemente de narración hebrea. La idea es que los líderes de Efraín y Manasés (o, algunos rabinos dicen que esta fue una queja proveniente sólo de Efraín) presentaron una queja a Josué que efectivamente comunicaba insatisfacción con el proceso de asignación de tierras. Casi no hay un poco de arrogancia en el tono, que como eran hijos de José merecían sin duda un trato especial.

Josué tenía demasiada experiencia y era demasiado duro como para aceptar semejantes tonterías de las tribus de José, así que les sugirió que, ya que se consideraban tan grandes y poderosos, debían subir a las colinas boscosas y utilizar parte de su enorme mano de obra para talar los árboles y convertirlos en campos, y arrebatar la tierra que necesitaran a sus enemigos cananeos, los p'rizi y los refa'im. Además, eso es lo que debían hacer en primer lugar. En otras palabras, Josué dice que Efraín y Manasés deben hacer el equivalente a otra asignación para sí mismos con su propio trabajo; pero no vengan aquí pidiendo que Josué les quite a las otras tribus algún territorio ya ganado y luego se los dé como un regalo extra.

Las dos tribus de José se echan un poco atrás y se quejan de que, aunque limpiaran las colinas de árboles, a menos que consiguieran tierras adicionales no sería suficiente. Y no sólo eso, sino que los cananeos que viven en los valles de la tierra que actualmente se les ha asignado son demasiado poderosos para ser desarraigados. Estos cananeos tienen los

llamados carros de hierro.

Para ser francos, las tribus de José no decían la verdad. En conjunto suman menos de unos 58.000 hombres en edad militar. Aunque el último censo realizado indicaba que Efraín contaba con 32.500 y Manasés con 52.700, al menos la mitad de los de Manasés habían recibido tierras en el lado ESTE del Jordán. Así que la otra mitad de Manasés (que es de quien se trata en estos versículos) más toda la tribu de Efraín los hacía más pequeños que Judá, e incluso más pequeños que Dan a partir de este punto de su historia. El territorio dado a los hijos de José era bastante grande, por lo menos tan grande como el de Judá y sería considerablemente más grande que el de Dan. Además, el valle de Jezreel es uno de los más fértiles de MEDIO ORIENTE es un área enorme con un suelo negro rico en nutrientes de varios pies de profundidad. Verdaderamente el área es tan asombrosa en su fertilidad que si Efraín y Manasés la tomaran podrían haber alimentado a las 12 tribus con sus cosechas. Pero como también se puede imaginar los cananeos que vivían allí no estaban particularmente interesados en renunciar a ella, por las mismas razones. En general, su petición era vacía e interesada, sin ningún mérito real. No es más que un indicio de los esfuerzos constantes de las tribus por aumentar constantemente su influencia y prestigio mientras se esfuerzan lo menos posible.

Josué no cedió; en los últimos versículos del capítulo 17 reitera que, puesto que se ven a sí mismos tan poderosos, todo lo que tienen que hacer es despejar la región montañosa y habrá mucha tierra abierta para la agricultura. Y, puesto que son tan numerosos y confían tanto en su propia grandeza, no les será difícil derrotar a los cananeos con sus carros de hierro.

Antes de pasar al capítulo 18, permítanme hablar un momento de estos carros de hierro. En primer lugar, no eran carros hechos totalmente de hierro, sino principalmente de madera con puntas de hierro en puntos estratégicos. Pero esto los hacía más duraderos y no tan fáciles de destruir como los de madera. En segundo lugar, añadir hierro tenía una desventaja: eran mucho más pesados. El peso extra significaba que el terreno en el que podían operar era limitado. El barro era casi imposible. Así que los carros en general, y aún más los de hierro, se limitaban a operar en valles y llanuras. La geografía rocosa y montañosa era imposible para los carros. Así que se mencionan dos áreas específicas que todavía son bien conocidas hoy en día como lugares donde los cananeos operaban sus carros y, por lo tanto, donde Efraín y Manasés sentían que no tenían ninguna posibilidad de victoria: Beit-Shean y el Valle de Jezreel.

Algunos de ustedes han estado conmigo en una excursión al valle de Jezreel y también pasamos algún tiempo en Beit-Shean. Se trata de zonas relativamente llanas que habrían permitido fácilmente a los carros circular tal como fueron diseñados.

Pasemos a Josué 18.

LEER JOSUÉ CAPÍTULO 18

Hasta ese momento, el centro de operaciones de Josué y los israelitas era Gilgal. Gilgal acabaría cayendo en territorio de Benjamín. Allí se había erigido el Tabernáculo del Desierto;

Allí moraban los sacerdotes y oficiaban los rituales de sacrificio y atendían la tienda sagrada. Allí residía el Arca de la Alianza (presumiblemente con la Gloria Shekinah acompañándola).

Pero ahora, por razones que no se dan, Silo se convirtió en la nueva sede sagrada y, por tanto, en la sede del gobierno. Es difícil saber cuánto tiempo pasó entre el final del capítulo 17 (y la adjudicación de tierras a las tribus de José) y el comienzo del capítulo 18; probablemente unos cuantos años como mínimo.

Aparentemente, al menos parte del ejército de Josué permaneció intacto, Efraín, Manasés y Judá tuvieron algunos éxitos contra bolsas de cananeos que se aferraban a ciudades dentro de sus territorios, y así la tierra quedó bajo suficiente control como para trasladar la Tienda del Encuentro a otro lugar más céntrico y conveniente para las 12 tribus de Israel. Pero fíjese en algo: Silo estaba situado en territorio de Efraín. Sin duda, las tribus de José presionaron mucho para tener el centro de poder religioso de Israel en el territorio de su familia. Porque, aunque el sitio era central, había muchos lugares mejores y más fáciles en LA SEFELA o incluso en las estribaciones bajas.

Silo es una zona montañosa; es hermosa. Pero es rocosa, escarpada y de difícil acceso. Hoy está en lo que los enemigos de Israel llaman Cisjordania. En términos bíblicos, está en Samaria. La misma zona en la que se levantó la tienda es visible hoy en día. Las pruebas de su presencia son evidentes, incluso se pueden encontrar los agujeros perforados en la roca donde se colocaron los postes de la cortina perimetral del patio. Varios de ustedes han estado conmigo en ese lugar y es sobrecogedor saber que estuvimos donde una vez estuvo el Arca de la Alianza.

Pero no todo iba bien; como explica el versículo 2 sin editorializar, 7 de las 12 tribus aún no habían recibido su herencia de tierras. Entonces un exasperado (y envejecido) Josué lanza el desafío a estas tribus: "¿Hasta cuándo os vais a resistir a hacer lo que Dios os ha ordenado?". En otras palabras, Josué había estado tratando de que estas 7 tribus aceptaran la herencia que se les había asignado y luego fueran a someterla, pero no querían hacerlo. Hemos discutido en lecciones anteriores y hoy que la generación actual de israelitas era más como beduinos; no tenían interés en tratar de hacer producir la tierra o en pelear por territorio. Más bien se limitaban a vagar con sus rebaños y manadas de un lugar a otro, buscando pastos frescos y buena agua, viviendo en tiendas, y hacían todo lo posible por EVITAR el conflicto. El compromiso no estaba en su vocabulario. Las fronteras se cruzaban, no se imponían. Asentarse permanentemente no era su objetivo y no encajaba con el estilo de vida que aprendieron durante sus 40 años en el desierto.

Pero Josué no iba a darse por vencido; era el momento oportuno, así que ordenó que cada una de las 7 tribus sin tierra restantes nombrara a 3 hombres que salieran a cartografiar el territorio que se les había asignado, y luego regresaran e informaran. A partir de entonces, se harían ajustes en el territorio de cada tribu ubicación y tamaño y Josué moriría sabiendo que había terminado el trabajo que Dios le había asignado: instalar al pueblo de Israel en su Tierra Prometida y repartirla entre ellos.

Continuaremos con el capítulo 18 la próxima vez.